

Armando de Ramón

El autoritarismo en Chile

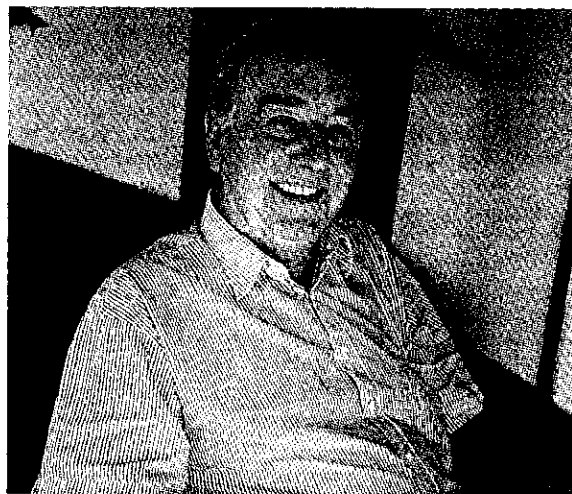
Recientemente fallecido, Armando de Ramón fue un importante historiador chileno. En 1998 recibió el Premio Nacional de Historia. Su libro *Historia de Chile: 1500-2000* (Ed. Catalonia), es un interesante volumen que fue muy bien recibido por la crítica y el público. A propósito de eso, dio al programa *De puño y letra* de radio Nuevo Mundo la que en definitiva sería su última entrevista. *Punto Final* entrega a sus lectores una reseña de esa entrevista.

Habitualmente, la historia se narra como una suma de batallas, fechas y vidas de personajes. Su libro es muy distinto, quizá breve para el período que abarca. ¿Podría explicarnos la estructura de la obra y sus razones?

“En realidad podría catalogarse como ensayo histórico. Cuando uno ha vivido mucho, ha estudiado mucho y tiene experiencia, debe escribir este tipo de cosas. Generalmente a los historiadores se les exige una disciplina muy rigurosa y sus obras están llenas de citas y documentos. Pero si uno ha estado toda una vida leyendo e investigando, dentro y fuera de Chile, llega un momento en que se tiene una gran cantidad de cosas en la cabeza. Es como el disco duro: se aprieta una tecla y comienza a salir la información. Por eso esto es un ensayo: estoy interpretando la historia de Chile, y no me aflijo por detalles que son una especie de flash noticioso. Por ejemplo, una elección presidencial o una revolución. Prefero hacer una síntesis de lo que ha pasado, abarcando períodos más amplios”.

Su libro llega al año 2000. ¿Qué opina de la transición, desde el punto de vista histórico?

“Es una consecuencia de todo lo sucedido anteriormente. Creo que el mérito de la Concertación es haber sabido resumir los últimos años de la historia de Chile y sacar lo mejor de todo eso. No se vaya a pensar que estoy haciendo propaganda política. No es eso, sino simplemente que han sido tres gobiernos de éxito, no hay parangón en Chile de algo semejante. Primero, de una alianza política que dure tanto, con problemas pero que sigue caminando. Y por otro lado, haber hecho un gobierno tan coherentemente unido desde el primero hasta el actual, que ellos desean que no sea el último. Pero si lo fuera, estos tres gobiernos darían para escribir un tremendo libro de historia, contando una experiencia que tuvo un propósito inicial: terminar con una dictadura que era una vergüenza para el país. Importantísimo fue el gobierno de Patricio Aylwin, al iniciar los procesos contra las atrocidades y atropellos a los derechos humanos de la dictadura militar. El de Frei fue un gobierno típico de un ingeniero, un gobierno de administración, pero progresista, que permitió echar a andar la parte económica



que se ha seguido desarrollando en el gobierno de Lagos, pero con énfasis en otro tipo de cosas, como lo cultural. Apenas lo alcanzo a esbozar en el libro, en un epílogo: puse las cosas más elementales”.

¿Qué pasa con el tema económico?

“Esto lo completé con un artículo publicado en *Atenea*, de Concepción. Se llama: ‘Paradigmas económicos y vaivenes de la historia’. Allí realicé un resumen de la historia económica -principalmente de las teorías económicas y su puesta en marcha desde 1950- que en el libro está menos detallado”.

¿Es Chile un país coherente culturalmente? Se habla de un proyecto país, por ejemplo. ¿Nos manejamos con muchos mitos?

“No sé si los mitos son tan malos. Creo que sirven mucho a la gente para entender ciertas cosas. El ser humano necesita explicarse su realidad y cuando no posee cultura suficiente para hacer un análisis crítico, el mito lo sustituye, le da una especie de coherencia. Puede que a veces sirva para que la gente diga tonterías, pero el mito intenta dar una explicación, aunque generalmente sea falsa. Eso después logra ser corregido a través del conocimiento. El mito es sólo una primera etapa del conocimiento. Respecto al ‘proyecto país’ de que se habla, Chile es una nación que se formó tempranamente, lo mismo que su Estado. Durante la Colonia quedó reducido a un territorio muy pequeño, no más de lo que hoy es Uruguay, desde el norte de Aconcagua hasta Concepción, y algunas islas. Esto produjo que la gente se mezclara rápidamente, hubo un mestizaje muy fuerte. Se produjo una coherencia en todo sentido, tanto de costumbres como de valores y de actitudes. Eso hizo que Chile lograra ser una nación, en el sentido de que hablamos; eso no le pasó a otros países de América Latina. Perú, por ejemplo, tiene una cantidad de naciones dentro de su territorio. No ha podido formar un Estado que funcione. Lo mismo

pasa con Bolivia. Chile fue distinto, el mestizaje fue intenso, a tal punto que hay documentos de la Iglesia Católica de la época que dicen que los españoles estaban mezclándose con los indígenas y tomando sus costumbres y eso, para la Iglesia, era un peligro. Por lo tanto aconsejaba hacer una evangelización mucho mayor, y pedía la fundación de ciudades. En el siglo XVIII se logró un rosario de ciudades, una detrás de otra, pero fueron ciudades en cierto modo satélites frente al campo. Cuando llega el 18 de septiembre reaparecen los huasos, el rodeo, la cueca y todo eso, de Arica a Magallanes. Eso significa que Chile desde esa matriz original que era la zona central, una vez que estuvo suficientemente afirmado, se independizó y formó un Estado. Pegó un estirón hacia el norte y sur. Incorporó nuevas regiones a las cuales chilenoizó, y pudo hacerlo porque tenía una población muy homogénea”.

¿Qué pasa con el Estado chileno? ¿Ha sido un Estado autoritario, militarizado quizá?

“Chile ha tenido siempre gobiernos autoritarios, es la herencia española, la herencia colonial. Los gobernadores de esa época eran pequeños dictadores, con amplios poderes. Una dictadura ilustrada, no militar. Una dictadura militar nunca será ilustrada. El gobierno autoritario lo restauró Portales. Gobiernos como el de Manuel Montt, que fue muy duro y represivo, no se diferencian en nada, por ejemplo, del de Ambrosio O’Higgins u otros gobernadores: eran gobiernos autoritarios pero civiles. Tenían el ejército pero bien sujeto, y tan sujeto que cuando vino la rebelión contra Balmaceda, que era un ultra autoritario, el ejército estuvo al lado del presidente. Los revolucionarios tuvieron que organizar un ejército con los rotos de la pampa del salitre. Así fueron capaces de derrotar al ejército que había derrotado al Perú y Bolivia. Todos los gobiernos de Chile han sido, en general, autoritarios. La única época en que el país

ha tenido gobiernos democráticos fue desde el triunfo del Frente Popular, en 1938, hasta el año 1970. Período breve, pero se ejerció una democracia tan amplia que atrajo a Chile a medio mundo. Se llenó de extranjeros que escapaban de las dictaduras de sus países, vinieron muchos intelectuales. En los años 40 y 50, Chile vive una libertad controlada por nosotros mismos. Había mucho debate, incluso en la vía pública. Éramos más abiertos. Hubo manchas, como la Ley de Defensa de la Democracia y otras, pero predominaba lo positivo. Gobiernos como los de Pedro Aguirre Cerda son un lujo, una joya”.

Usted aborda la guerra civil de 1891, donde hubo crueldad por parte de los vencedores, cosas que salen muy poco en los textos para estudiantes. ¿Cree que si esto se enseñara tal como sucedió, podría contribuir a formar mejores ciudadanos?

“La crueldad ha sido inherente a este tipo de sucesos. En la misma Independencia hubo cosas muy censurables. Por ejemplo, se fusiló a un realista acusado de traición y O’Higgins ordenó que el hijo del sentenciado -que tenía seis años- presenciara el fusilamiento. Eso es de una crueldad inaudita. Muy prócer será, pero estas cosas no deben ocultarse. Y ningún historiador lo cuenta. El año 1891 fue un desborde terrible, la sociedad se dividió (tal como en 1973) en dos bandos irreconciliables y cada uno trataba de hacer al otro el mayor daño posible. El saqueo estaba dirigido por el Partido Conservador. Sus dirigentes encabezan las turbas saqueadoras. Incluso, tiempo después, la madre de Balmaceda, que se quedó en Chile, fue escupida por una señora a la entrada de la Catedral, lo que la motivó a exiliarse en Buenos Aires, que había acogido a muchos chilenos”.

Cada vez que pasan estas cosas vienen períodos de reconciliación. ¿Cómo ve usted el actual proceso de reconciliación?

“Creo que la única forma para que se dé la reconciliación es que pase el tiempo. Aunque es difícil asegurarlo, puesto que los involucrados, más una o dos generaciones posteriores, nunca se pondrán de acuerdo. Las cenizas del olvido siguen ardiendo”.

Manuel Rodríguez decía que el chileno era un imitador de baja calaña y que necesitaba una bota encima para funcionar. Algunos creen que esas características se mantienen, ¿qué cree usted?

“Sin duda que en esa época, por las razones mismas del desarrollo del país, podría aceptarse ese tipo de afirmaciones. No aplaudirlas, pero sí decir, bueno esto es cierto. Pero han pasado 200 años, y en ese tiempo este país ha progresado mucho. Por ejemplo, la vieja oligarquía mantuvo al pueblo sin que participara en nada. Pero comenzaron las huelgas y se abrieron espacios de participación. El mayor problema del país quizás sea no tanto la falta de evolución en sus costumbres, sino falta de educación. Si se diera una educación de calidad, este país podría llegar a ser fantástico, funcionar muy bien y nunca más sucederían las cosas que nunca debieron ocurrir. Lo que pasa es que cada ciertos años viene una especie de erupción. En mi caso, nací en los años veinte y después me tocó esa cosa horrible de los setenta, que espero no vuelva a ocurrir jamás” ●

ALEJANDRO LAVQUEN